

ISLA

VERSO Y PROSA

(2.ª época)

1937

10

II Año Triunfal

A LA LUNA

*¡Oh, tú, graciosa luna, yo me acuerdo
de que, hace ya un año, a esta colina
vine lleno de angustia a contemplarte!
Y tú te alzabas sobre aquella selva,
como ahora, que toda la iluminas.
Mas nebulosa y trémula, del llanto
que vertían mis ojos, a mi vista
se mostraba tu faz; que trabajosa
mi vida era, y no ha cambiado en nada,
oh dulcísima luna. Pero gozo
al recordar y enumerar las horas
de mi dolor. ¡Qué grato es en el tiempo
juvenil, cuando es larga la carrera
de la esperanza y breve la memoria,
recordar el pasado, aunque sea triste
y aunque el afán en nuestro pecho dure!*

GIACOMO LEOPARDI

† 1837

Trad. de M. Romero Martínez



CANTOS DE AMOR

I

Esbeltos, melancólicos,
Los eucaliptos húmedos,
Se alzan en el musgoso
Camino del recuerdo.
Yo evoco el blanco cielo
Que al mirarlo me hacía
Soñar con un país
De nieves irreales
Y mágica blancura;
Donde tú, con un blanco
Vestido, aparecieras,
Bajo un celeste halo,
Purísima y eterna.

II

Desde esta roca, abarco
Con mis ojos al mar
En su despliegue azul...;
Y me figuro verte
Avanzar hacia mí
Envuelta en luz y espuma.
Sigo por la ancha playa
Contigo, hasta poner
En la arena mi espalda;
Junto, desnuda y trémula,
A ti, soñado símbolo
De la humana hermosura.



III

Vagué por la ciudad. Junto a la orilla
Del mar, negro y nocturno, me detuve,
Y recordé tu triste despedida,
Y vi brillar tu adiós entre la bruma.
¿Tú frente a mí? ¡Oh ausente detenida!
Yo oía de tu voz la peculiar
Dulzura. La luz de tus pupilas
Trasapaban de mis ojos la luz...
(Al volver en mí, noté la huella tibia
De tu mano en mi frente, y tu perfume,
¡Oh aparición, angélica y querida!)

JUAN RUIZ PEÑA

POEMA

¡Vámonos al Sol,
Amada!
¡Vámonos al Sol
Por la mañana
De cristal!
¡Vámonos, amor!
Vamos a volar,
Amiga,
A las dulzuras
Y razones heridas
Por emociones
Íntimas...
¡A las voces
De niños...
...Con los pájaros,
A campos
Amarillos...!
Mira
La nube blanca,
Querida...
¡Mira, mírala...
Qué de músicas

Tiene, de alas
Y aires!
¡Mira
Los hilos de plata
Del viento,
Cómo acarician
Nuestras almas
Vivas
De pensamientos...!
Ya está el Sol
Arriba.
Y la Tierra partida
Por la mitad.
¡Oro y cristal!
¡Vuela, ruiseñor!
¡Canta, niña,
Canta!
¡Vámonos al Sol
Por la sonrisa
Clara
Del mediodía!
¡Vámonos, amor!

JOSÉ M.ª HERNÁNDEZ-RUBIO

A CUERPO LIMPIO

(Sacramento)

¡Oh, confusión divina!
¡Oh, caudal distraído!
Todo junto en el Verbo
y en el Superlativo.

La pirámide se alza
enhiesta sobre el vértice.
¿Caer? Todo es altura.
¿Temer? No hay accidente.

¿Tacto? Contacto. Lengua
que inmóvil te remontas
y pones por testigo
al cielo - de la boca - .

Hurtar el cuerpo - darlo - .
¡Oh, suerte de la gracia!
Voz paciente y presente.
Esto es: cuerpo de guardia.

Justicias de sol hechas
como en ángulo recto.
(Sol de justicia: lámpara
de puertas para adentro.)

Soy yo; pero me encuentro
sin sombra en lo que busco.
(Perdióse al encontrarte
- mundo al revés -, mi mundo.)

RAFAEL LAFFÓN

VERSO Y AUSENCIA DE FRANCISCO DE FIENTOSA

Poeta andariego y campesino, gozoso de caminos verdes y valles ubérrimos, sediento de mar. Alma encendida que navegas por estas tierras del norte, por este aire infinito, tembloroso de lágrimas. De Galicia partió la saeta de tu voz; la oímos un instante, en el azul de España; y aun parece que suena, cordial y hermosa, no sabemos dónde...

Sí, Francisco de Fientosa, amistad errante por no sé qué laberintos de horror y heroísmo, en esta sangrienta desolación española; Fientosa, joven y sereno poeta de Galicia, alma de la mejor estirpe, noble madera de estos bosques rumorosos y milenarios. De tu libro *El alba del quechemarín* no dije oportunamente cuanto debía. Ahora, ante tu recuerdo, en esta hora fuerte de mi vida, quiero dejar mi elogio y justicia a tu verso. Y el recuerdo del libro, que ni siquiera tengo entre mis manos, tiembla de gozo sereno: poesía sencilla y aristocrática, voz romera de caminos verdes y agua salobre...

Sí, Francisco de Fientosa, poeta amigo que andas errante por no sé qué laberintos de esta sangrienta desolación española: tu árbol de luz y sonidos floreció para mí en esta noche de gritos y luceros. Aun oímos el desolado batir de tus ramas, de tu libro de canciones, como palmas de victoria y alegría. Parece que se oye todavía el llorar de las olas heridas por *El alba del quechemarín*. En esta verde orilla de Galicia suena tu cántico, poeta. Yo te digo también mi voz hermana, el elogio y justicia que no supe cantar un día. Desde donde quiera que estés, oye este viento de mi corazón dolorido y llena tu alma de júbilo trágico, de nacientes presagios de alegría.

Por el dolor de España, por esta explosión de llantos y rencores lívidos, por nuestras almas temblando en la hoguera, por el clamor de los muertos, ramas que talaron hoces misteriosas; por la aurora que viene, como un alegre potro de resplandores y armonías, galopando sobre los montes, por un sendero de sangre y voces caídas, sin esperanza...

Oh, sí, poeta; oye mi voz lejana y solitaria pregonando tu obra. ¡Que un día, en el amor de la paz y la victoria, unamos nuestros esfuerzos y canciones para laborar y cantar al ejemplo de los héroes, en nuevo parto de alegrías!

Y Dios salve a España, hermano mío. Amén.

VIRGILIO NÓVOA GIL

HORA DE ESPAÑA

ALTA ESPAÑA

España de altas cumbres, cumbre alada,
hacia el máximo cielo de su altura,
donde ya el cielo asume su figura,
cima española espiritualizada.

Montaña azul en ansia de alborada,
de tan purificada, de tan pura,
bloque inmortal – la piedra hecha ya albura,
y todo hecho ya luz transfigurada.

Luz, gloria, en la alta cumbre renacida,
a celestes volúmenes uncida,
tras un reposo transitorio, breve,
a la encumbrada voz de su albedrío,
que es empinarse en superado brío
y lograr cada día mayor relieve.

SANGRE DE ESPAÑA

Va la sangre corriendo presurosa,
de su vana existencia fugitiva,
para injertarse en un solo latido,
por la senda fugaz de su agonía.

Va la sangre corriendo, en ardoroso
clamor, para abrazarse al ancho río
de tanta sangre ilustre, conmovida
bajo el helado polvo de los siglos.

No hay muralla ni mar que la detenga;
cada muralla afila sus fervores,
cada mar acrecienta sus caudales.

Desbordarse, correr, es su destino:
que es con su propia muerte dar la vida
– ¡sangre inmortal! – y en alma eternizarse.

ESPAÑA EN CRUZ

Cuerpo inmortal, de amor crucificado,
cuerpo desnudo, en sombras esculpido,
cuerpo de luz y gloria revestido,
en desnudez de sangre amortajado.

Mueres en cruz, pero resucitado,
pues mueres más seguro y redimido,
más alto en cada lúgubre gemido,
más libre en cada músculo llagado.

Victorioso ya sólo con querer
hundirte en la cruz ardua del deber;
ya triunfador aun antes de inmolarle;
que antes de ir a la cruz del deber viste
la sangre que en tu amor enloqueciste,
enloquecer de amor para salvarte.

P. PÉREZ CLOTET

FIGURAS DE IMAFRONTE

MILLÁN ASTRAY

La tierra toda está en el universo para servir de pedestal a esta figura.
El es la estatua de sí mismo, la cifra en garabato de su propio valor, el
seco mástil de su alma bandera.

Su vida fué una lluvia de estrellas; cláusula celestial su manga: primero,
de alférez, una estrella enamorada, dos de teniente rígido, tres de capitán
de soldados unánimes; después se le caían a la bocamanga, y eran de pri-
mera magnitud; llegó a coronel luciendo de asteriscos a la rubia Orionis,
a Aldebarán, sangrienta pupila del Tauro, y a la bella Antares, temblorosa
y sonrojada porque la mira, pícaro y guiñándola, un lucero; es general y
no está entorchado de galón de orofrés, sino de luz.

Quedó bárbaramente mutilado; le fué mermando la metralla, desmontán-
dole poco a poco, como los tercos alisios a las dunas, o los siglos a las
estatuas griegas.

Es general de todos los mutilados del mundo, de todos los árboles poda-
dos en Invierno y de todos los soldaditos que rompieron los niños.

Ya no es más que la mitad de un hombre porque la otra mitad se la quedó en los campos de batalla. Tan roto, tan cercenado, tan biselado a cicatrices está que, como los agrios cactus, apenas proyecta sombra.

Es árbol del Bien con raíces anímicas en subsuelo de castro y de porciúncula; cilició su vida; la disciplinó según la regla penitente de la más severa Orden Militar.

Si Jacob quedó cojo por luchar con un ángel, él ha debido dar batalla a un batallón angélico.

En él todo es impar: el brazo impar, el ojo impar, ¡el alma impar!; el alma impar que le brilla como un grito de alerta.

Es tuerto pero vidente, acicatrizado pero embellecido, manco de Lepanto, pero en vez de escribirlas prefirió cumplir las consignas excelsas del Hidalgo.

El caballo que monte ascenderá a prestigio de corcel, será campamento cualquier paisaje bajo su mirada, y los caminos que ande se endurecerán en calzadas militares y latinas.

Habla un clarín en su laringe; tiene la voz de níqueles de arenga; manda en su boca, resucitado y eléctrico, un antiguo capitán de lanzas.

Como Abraham soñó sueños augurales y sagrados, sueños de especie, generaciones y pueblos, y es patriarca de doce tribus morenas, rabí de doce apostolados heroicos, abuelo de sangre del clan de las doce Banderas. ¡De las doce Banderas! Este semidió militar las creó a imagen y semejanza de su espíritu; mejor dicho, las creó por partenogénesis de su alma de legionario a legionario, como ciertos corales sus colonias de luces heladas en el fondo del mar.

Vistió a la Legión de verde de laurel; ciñó a los legionarios en la línea estilizada y sobria de un augusto, les armó caballeros y aleonó sus pechos de valor rugido.

Soliviantó los encelos de su clan de machos mostrándoles el desnudo, también femenino y afrodita, de la Muerte.

Todos llevamos a la diestra un ángel custodio. El de Millán Astray está militarizado, en posición de firmes y marcha dos pasos detrás de él como un ayudante luminoso.

Su ancho espíritu cubre a toda la Legión igual que una lona de campaña. Es un heroico garabato, una espada con mellas, la fibra reseca y dura de una lanza.

Dios, al octavo día, después de descansar, se recreó creándole para regalo y guía de España nazarena. Le hizo cuerpo de mástil y por paño de bandera le prendió el alma.

La tierra toda está en el universo para servir de pedestal a esta figura.

ANTONIO MARTÍN MAYOR

POEMA DE LAS BODAS DEL TRIGO Y DEL SOL

**A Pepe Cuevas, nervio de Poesía,
en el camino.**

¡Por la lumbre del Sol sobre el Trigo dorado de Julio
Que desangra su sueño de espigas desnudas, al aire!
¡Por la llama celeste que abriera a su paso la Espada
Del Imperio de Dios en su augusto y sereno designio!
¡Por el alma del Yugo y las Flechas cerradas al beso
Del aire cansado, yo quiebro el cristal de mi verso latino
En la blanca alborada de los trigos dorados de Julio!
¡Por el mundo de gloria que canta en la paz de la Tierra!
¡Por la Cruz de Pelayo y la Fe de Isabel la Católica!
¡Por el Pan de la Vida, consagrado en las lenguas celestes
De la Paz descendida a los claros trigales de España
Yo levanto en el aire el clamor de mi verso latino
Como un vaso de sangre derramado en las flores de Julio!
¡Por el alma del Yugo y las Flechas cubiertas de polvo,
En el bravo ascender de las fuertes Escuadras azules!

Y vendrá a las veredas una brisa cargada de santos olores
Y a su paso, vibrará en la llanura la celeste campana del Angelus.

— En el hondo afanar de los surcos, y en la voz de labranza
Que se fué blandamente diluyendo en el aire de todas las sendas —
Como un alto presagio, la quietud misionera y seráfica
De la mano de Dios que consuela las hondas heridas llagadas.

Y al desfile solemne de las viejas banderas invictas
En las llamas del sol, santamente se han visto abrazarse
Las espigas que apuntan, disparadas, al final del Imperio.

¡Sobre el arco en tensión de la sangre esparcida en la tierra,
Hacia el mundo de gloria de las altas estrellas desnudas,
Al compás de batalla de las voces ardientes de Dios,



Con la dura presencia de los nervios en trance de vida,
Nuestras flechas de amor se disparan al alto y divino silencio!

¡Para unir nuestras sangres al golpe de un mismo martirio,
En la entraña desnuda de las Bodas de Trigo y de Sol!

¡Hacia el hondo claror de la tarde redonda y eterna,
Trascendida, al batir de las alas en torno de todos los brazos,
A mensaje de Dios, por la voz de los bellos arcángeles
Que custodian las puertas doradas de la Guardia Inpasible!

¡Sembradura de muerte que ha infundido su savia de Imperio
En el duro sangrar de los pechos desgarrados al sol!

¡Sembradura de amor en la tierra bendita de todos los hijos,
Hecha carne y angustia de la Patria Eucarística y blanca,
Que ha tornado a vivir duramente el paisaje sereno
De la luz rediviva, en las bodas del Trigo y del Sol!

¡Por el bravo ascender de las fuertes escuadras azules,
Misioneras de España, con la Cruz en las manos partidas,
Como símbolo exhausto de cantar en el fuego el divino Evangelio:
Volverán las banderas a traernos la canción esperada!

¡Por el músculo recio, por las novias que lloran alegres
La llegada triunfal de las Bodas perfectas y claras!:
En el yugo mejor de una vida olorosa de campos heridos
Que recuerden la Misa y nos lleven de pronto al Altar,
¡Yo levanto en el aire el clamor de mi verso latino
Para el mundo que nace al compás de batalla sangrienta,
Hecho carne y aliento de las Bodas del Trigo y del Sol!

FRANCISCO MONTERO GALVACHE

Somos una unidad de destino en lo universal.
Todos los españoles acaudillados por Franco, unidos por la
Fe en la Patria, hemos de alcanzar por voluntad y por sacri-
ficio la plenitud histórica y espiritual de España.

GRANADO

Sus espinas derretidas
me daban tu olor morado,
al clavármelas la luna
en mi sueño, con tus manos.

Ellas me dijeron muchos
secretos en desamparo
al trazar, sobre mi sueño,
su fino dosel en arco.

Lo que yo mejor quería,
paz en gozo, se llevaron
tras tu sombra fugitiva
entre cortinas de mayo.

Después vinieron las flores
entre la red de sus tallos,
y eran rosa, como el
brote de tus senos perfumados.

Yo las veía. Una a una
como purezas de ocaso
se iban cayendo en la sombra
de la tierra y de mi llanto.

Yo las veía. Alcanzaba
en mi corazón tu mano
sin darme, paz en reposo,
mi tesoro más cuidado.

Se le llevaron espinas
y flores no le abonaron.
Era el agua melancólica
que riza en dolor mi lago.

FRANCISCO VALDÉS

Francisco Valdés, buen escritor, buen poeta, buen amigo de ISLA, ha caído a manos de la furia roja. En cariñoso recuerdo a su memoria publicamos este poema inédito, que su viuda, D.^a Magdalena Gémiz de Valdés, a nuestro ruego, ha tenido la bondad de enviarnos.



COMENTARIO

EL PAISAJE EN LA POESÍA DE PEDRO PEREZ CLOTET

La poesía de Pérez Clotet arranca de un paisaje vivido y sentido intensamente. Paisaje donde la claror del alba, lo azul de la despejada mañana y lo rosado de la melancólica tarde se asocian a otros elementos llamados esbeltos chopos, gentiles álamos, morados cipreses, nudosos olivos, altos y verdes pinos, trigos de oro que, unidos en un bello todo y envueltos por el impalpable velo de su sensibilidad, constituirán una hermosa criatura de arte. Lo más valioso de esta poesía quizá sea su sinceridad. No es el de Pérez Clotet un paisaje imaginado, sino existente, real: es el paisaje de la serranía gaditana, de salvaje y luminosa belleza, que recogido por los ojos del poeta, pasó a sus huesos, a su sangre y a su carne, y por último fué cuerpo suyo: cuerpo con alma; por eso logró encerrarlo en su equilibrada poesía. Y si la luz le arrebató la carne un día, y desapareció bajo tierra, o subió por los aires, quedaron alma y paisaje, a solas, en amoroso diálogo.

El paisaje al desposarse se adentró en el alma, y de esta unión nació la poesía. Poesía es alma. Poesía es mi alma; poesía eres tú, mi musa creadora. Tú eres en mí; necesaria creación: mi poesía.

Pero si el paisaje se perdió en el alma, quedó su poesía:

Ahora, en el ancho día,
vienen los altos pinos:
equilibrio de gracia

Vienen los altos pinos
con sus blandas colinas
de músicas y aromas.

.

Un cielo azul de estío
en un dulce y romántico
verde cielo de pinos.

Estos versos citados son del mejor libro de Pérez Clotet: *Trasluz*. En él está contenida el alma del poeta. Dentro, flotando, su paisaje. El lector que, de pronto, se asome por una de sus abiertas ventanas, será arrastrado por una ola de música hacia un sereno mar de poesía. Ya se habló en su día de este libro, se criticó. Yo, ahora, sólo trato de girar en sueño en torno de él.

Publicó también Pérez Clotet hace menos tiempo, otro libro poético titulado: *A la sombra de mi vida*. De él, también, se ha hablado bastante. El

paisaje sigue siendo en este libro el tema principal de su poesía. Los poemas «Bosque sin límites», «Cifra de la mañana» y otros, lo demuestran así. A veces, un motivo paisajista cualquiera engendra un poema. Goza este libro de un vigor metafórico extraordinario; las imágenes son de una luminosidad y un color deslumbrante, casi se empujan unas a otras; de una musicalidad wagneriana: «con árboles que lloran lentas lágrimas verdes—y ríos que desgarran su carne entre los sauces». El poema que a continuación voy a citar, pudiera decirse que es el más representativo del libro; él hizo exclamar al ilustre crítico Mourlane Michelena: «aquí hay poeta». Como la publicación de *Trasluz* hizo decir a Jorge Guillén: «Pedro Pérez Clotet: expectación favorable».

Aires van, aires vienen. Y sus ágiles ondas
se quiebran en los duros mármoles de tu ausencia.
Y las frescas caricias de su rosa, gris, verde,
resbalan por el mudo tablero de tu alma.

Tú eras sólo una sombra proyectada en el tiempo,
una terca metáfora entre dormidas frentes.
Yo no tuve la culpa de darte luz y sangre,
de sacarte del limbo pálido de la nada.

Yo no tuve la culpa de darte corazón,
de ponerte en el puerto más alto de los cielos.
Tú no tienes la culpa de seguir como sombra
aquí donde los astros tienen su voz más viva.

Aires van, aires vienen. Y los aires no mellan
tu ausencia de granito, tu soledad de plomo.
Yo no tengo la culpa de que tus anchos ojos
prosigan en el sueño que te trajo a la vida.

Tiene, además, Pérez Clotet en preparación un libro que se titulará: *Paisaje y amor*. El será como un resumen, depurado y exacto, de su labor. Es decir, ¡claro!, los poemas son nuevos, pero girando en torno del mismo paisaje. Ahora son amor y paisaje los que se funden en su carne. Y será ahora cuando alcanzará la poesía de Pérez Clotet por completo: un acento personal, un sello original. Libre de influencias extrañas, de modas literarias, dueña de sí misma, su poesía se alzará señera, luminosa, altiva. Pérez Clotet, gracias a su firme voluntad y artístico talento, ha hallado su voz perdida en su paisaje, y le ha dado un tono propio inconfundible: originalísimo.

JUAN RUIZ PEÑA

ESCRITORES ESPAÑOLES VICTIMAS DE LA FURIA ROJA

Hay bajo la cúpula central del Panteón de Hombres Ilustres de París, un monumento sobrio—un ángel, en actitud de emprender el vuelo, con una corona de laurel—, una plancha de oro con dos listas de nombres y debajo de todo ello esta leyenda: «A los hombres de letras caídos en campaña, la Patria reconocida».

Bueno será, pues, que España vaya pensando, como madre común y generosa, en el monumento que el día glorioso de la victoria final habrá de elevar a los héroes del pensamiento hispano que cayeron mártires bajo la zarpa sañuda y criminal de unas hordas convertidas por el odio en torpes osos siberianos de Moscú.

Bueno será, pues, que el mundo civilizado se entere—en esta hora en que los intelectuales rojos firman manifiestos y panfletos de protesta; en esta hora en que los escritorillos rusificados quisieron sorprender y sobornar al Congreso parisiense del «P. E. N. Club»—cómo la canalla anarco-marxista, la plebe envidiosa e impotente, se ha ensañado con los representantes de la cultura, con unos hombres buenos y sabios que no cometieron otro pecado que embellecer la vida, que derrochar su ingenio en brazadas de cuartillas inolvidables, que llevar en sus manos florecidas tesoros de sensibilidad y de belleza.

Ellos predicaron el amor y la concordia, denunciando a los viles y a los mercaderes de conciencias, porque amaban al pueblo y despreciaban el populacho. Apóstoles de la Religión, de la Patria y de la Cultura, aconsejaron desde el libro y la tribuna el fervor a Dios, a España y a la Civilización de Occidente; siempre el amor, porque sabían que amando se llega a la cima de todo ideal y odiando, se enturbia el espíritu, se encenaga la belleza, se asesinan hermanos a hermanos, y después ya no se vuelve a ser hombre, porque en las pupilas queda un brillo siniestro, que es el que delata en la noche a los lobos sanguinarios.

Iniciamos hoy esta galería de honor y de martirio, asomando a ella las primeras víctimas—tal vez, por falta de datos concretos, alguna sobre—, nombres ilustres y conocidos, una parte no más de los pensadores y literatos españoles sacrificados al Moloch ávido de sangre y de exterminio. Ramiro de Maeztu, titán del pensamiento evolutivo hispano, cuya línea recta marcan tres libros cumbres: *Hacia otra España*, *La crisis del humanismo* y *Defensa de la Hispanidad*. Fué martirizado y fusilado en la Cárcel Nueva de Mujeres, en Las Ventas, barriada de Madrid.

El P. Zacarías G. Villada, de la Compañía de Jesús, escritor doctísimo, gran paleógrafo y notable historiador, estaba empeñado ahora en la publicación de su monumental *Historia Eclesiástica de España*, cuyos tres primeros tomos ya publicara antes del Movimiento Nacional, así como su célebre libro—de gran actualidad—*El destino de España*, en el que habla de temas tan interesantes como la universalidad y particularismo del carácter español, la preparación de España para su misión providencial y de la formación de un Imperio cultural español bajo el signo de la Catolicidad. Fué asesinado por las hordas rojas en Madrid.

Luis Urbano Lanaspá, sabio teólogo aragonés de la Orden Dominicana, que en la famosa Asamblea de la Sociedad de las Naciones de 1928, en Ginebra, fué el encargado de pronunciar la Conferencia religiosa de apertura. Orador de verbo profundo y austero; escritor magistral de incalculables obras, que serán guía y luz en la Nueva España, era un valor de relieve europeo. Residía en Valencia y en ella fué víctima de la fiera anarco-marxista, que le torturó horriblemente, cuando se dirigía a darle a un moribundo los Santos Sacramentos.

Emilio Carrere, el bohemio simpático del Madrid literario, el poeta que dedicó su musa humilde y sencilla a cantar las alegrías y los dolores del pueblo; el escritor anecdótico y liberal, en el buen sentido de la palabra, que no era partidario de la burguesía, que publicó sus versos y sus novelas en los periódicos de izquierda, mientras éstos fueron relativamente decentes, también cayó bajo el plomo homicida de las hordas madrileñas. Los personajes de sus libros, que con amor y emoción cincelara, ebrios de vino y de sangre, arrastraron su cuerpo por los burdeles sucios de los barrios bajos y castizos.

Francisco Valdés, uno de los valores literarios jóvenes más capacitados y auténticos, fué al principio de su carrera alumno de la Institución Libre de Enseñanza, de cuyo camino intelectual se apartó al ver que era terreno falso el que pisaba. Era extremeño y amaba a España con fervores de buen hijo, a pesar y por eso mismo, de su cultura universalista y de sus frecuentes viajes por el mundo. Deja varios libros de imaginación y crítica sutil, como *Letras*, que son joyas de la literatura española contemporánea. Lo martirizaron primero y lo fusilaron después en Don Benito (Badajoz), que era su pueblo natal.

Manuel Bueno, cronista magistral y psicólogo penetrante, el periodista español que desde su atalaya de París nos despertaba cada mañana a una nueva inquietud mundana, de recio perfil hispano. El maestro de periodistas y notable novelista, murió a manos de las hordas degeneradas del «barrio chino» barcelonés.

Pedro Murlane Michelena, publicista culto y bien enterado de cuanto sucedía en el mundo literario europeo; colaborador de periódicos de tinte liberal, como *El Sol* y otros. Ha sido fusilado en Madrid y se desconocen detalles de su muerte.

Fernando de la Quadra Salcedo, Marqués de los Castillejos, poeta y escritor notable; autor de varios libros de versos, de una biografía extensa de *El Cardenal Mendoza* y de bastantes obras de investigación histórica. Colaboraba frecuentemente en *Informaciones* de Madrid y en otros muchos periódicos de orden. Lo asesinaron los vasco-separatistas en Bilbao.

Ramón Ledesma Miranda, excelente persona, conocidísimo en los medios literarios; poeta, escribió varios libros de versos, entre los que recordamos el título de *30 poemas de transición*; novelista notable y culto, autor de algunas tan interesantes como *Antes del mediodía*, *Evocación de Laura Estévez* y *Saturno y sus hijos*. Ateneísta contumaz y cliente hasta altas horas de la madrugada del Café Universal. Ha sido asesinado por los «incontrolables» en Madrid, la ciudad que amó tanto.

Enrique Estévez Ortega, crítico de Arte y publicista joven, autor de varios libros, entre los que descuella una extensa obra de crítica sobre los pintores gallegos contemporáneos. Colaboraba en varios periódicos y revistas de Madrid, en cuya capital ha sido asesinado por la chusma revolucionaria. El P. Zarco Cuevas, de la Orden de San Agustín, investigador ilustre y doctísimo, miembro de la Real Academia de la Historia y Director de la célebre Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo, en El Escorial (Madrid). Asesinado por los esbirros moscovitas, con otros hermanos de saber y de Religión, en dicho famoso Monasterio.

José María Hinojosa, poeta moderno, de la hornada de Emilio Prados, Rogelio Buendía, etc., autor de dos excelentes libros de versos, adherido al Requeté malagueño, asesinado por los marxistas en Málaga.

Hacemos punto por hoy, hoy día, quizá, continuaremos asomando a esta galería nombres ilustres de las letras españolas, célebres pensadores y literatos patrios que sufrieron heroicamente el martirio horrendo y cruel de las hordas necias en esta guerra que sostiene la Civilización contra la barbarie.

José SANZ Y DÍAZ

REVISTAS

CAUCES. Jerez. Núm. 15.—Interesante como todos es el último cuaderno de esta bella publicación, que Francisco y Pedro Montero Galvache y José M.^o Hernández-Rubio vienen publicando con creciente entusiasmo. Versos de Pemán, Martín Abril, P. Montero Galvache, J. Ruiz Peña, Juan José Fernández, Jesús de las Cuevas, Teófilo Ortega, Alvarez Heyer, Hernández-Rubio. Prosa de P. Pérez Clotet, José de las Cuevas, Infantes Florido, J. Sanz y Díaz, Ramos García, Gómez Travedo, P. Montero Galvache. En la página de honor, Santa Teresa. Otro día le dedicaremos la debida atención a esta revista jerezana, que tanto honra a la ciudad en donde nace y dice tanto del fervor literario y patriótico de sus animadores. Hoy - por apremios de espacio - no podemos otra cosa que saludar con júbilo su nueva presencia y enviarle un fraternal saludo.

Editor: PEDRO PÉREZ CLOTET

Jerez de la Frontera

Plaza de Domecq, 48.

J. Martín. - Jerez